



El Gigante de Göbleki Tepe

Por Teresa Pérez Landa

Por fin había conseguido la prueba, por fin podría demostrar que todos los que afirmaban que todo lo encontrado en Göbleki Tepe al respecto eran patrañas se equivocaban y les iba a dejar en el más alto de los escalones de la escalera del ridículo soberano.

Lo que tenía frente a mí no podría negarlo nadie, el cadáver de un gigante alado. Reconozco que el lugar donde lo había encontrado

no era donde esperaba, dentro de un túnel que conectaba con uno de los caminos que llevaban desde Göbleki Tepe a Karahan Tepe, pero qué más daba aquello ahora. No solo habían existido desde mucho antes de las pirámides de Egipto, sino que seguían existiendo, en algún lugar en las profundas entrañas de la Tierra. Parecía obvio que por algún lado salían porque de no ser así, no tendría alas. Debía ser una mutación desarrollada con el paso de los milenios para adaptarse a la vida que se habían visto obligados a llevar en el interior de cuevas con la paulatina invasión del Planeta por parte del ser humano, que los habían perseguido desde sus orígenes. El ser humano odia todo lo que no puede comprender y todo lo que teme. Y la mejor forma de aliviar ese odio es matando.

Llovía como si estuviéramos viviendo un segundo diluvio bíblico. Llamé a Sara para que avisara a todo el equipo: había que fotografiar y peinar todo el escenario antes de que llegase la policía y después llevárselo hasta el laboratorio de Estambul. Nos quedaba más cerca el de nuestros compañeros sirios, pero estaba claro que dadas las condiciones actuales del país era imposible contar con ellos. Y desde Göbleki Tepe hasta Estambul había 14 horas por delante de viaje.

Una vez estudiado y tratado para su conservación lo devolveríamos al museo de la excavación, para que pudiera ocupar el lugar que le correspondía en la historia, él y sus congéneres. Ya era hora de que se reconociera que existieron, que existen, y que tienen derecho a poblar nuestro bendito Planeta tanto como nosotros.